

con los Reyes de cristianos
por confusión de los vanos
moros y otros talmutistas &.^a

Y para q.^e se note la suavidad tan pia del espíritu de este
Auctor, daremos estas dos Poesias á Na. Señora con su salbe.

Salve Regina sagrada
nuestra subida del Cielo
estrella muy relumbrada
desmeraldas circundada
de nos la vida en el suelo
arca llena de bondad
consuelo de aconsolados
fuente clara de verdat
montanya de castedat
Reparo de los errados.
Madre de misericordia
eres y fuiste llamada
mucho digna de memoria
pues hiciste la concordia
de adam y eva enganyada
los mis Reyes con Granada
lidian por el tu apellido
por tanto de Dios amada
sey tusu guarda doblada
y espejo muy Reluzido.

están en la foja 32 antes de acabar la obra; finalmente esta
por lo que se nota, y se ha apuntado antes se ve, que es dig-
na de su objeto, es varia, amena, de bella arte, proporcion, y
elebacion de ideas, y que es gran menoscabo de la literatura
el no gozarla impresa, quizá solo por lo circunstanciado de su
serie historica de la referida Conquista de Granada, de ser
coetanea á ella, y tener por otra parte tan bellas alusiones,
geroglificos, emblemas, y piedad, que al mismo tiempo la da
de nuestros mayores, presentandonos vna idea sublime de
ella. &.^a Acabé de escribir estas Apuntaciones en Zaragoza á
11 de Növiembre de 1775.—Dr. Felix de Latassa, y Ortin.

EL ANALISTA ZÚÑIGA

NOVELISTA Y POETA

Cuantos de la vida y escritos de D. Diego Ortiz de Zú-
ñiga han tratado, desde D. Nicolás Antonio hasta Arana
de Varflora, hacen cumplidísimos elogios del docto escri-
tor sevillano, como historiador, por sus *Annales eclesiásti-
cos y seculares de Sevilla*, y como genealogista, por su *Dis-
curso de los Ortices* y su *Posteridad de Juan de Céspedes*;
pero ninguno menciona obras de índole diversa de las ya
apuntadas, como es la en que ligerísimamente voy á ocu-
parme.

Se conserva en la Biblioteca Colombina de esta ciudad
un curioso é interesante manuscrito de letra de D. Diego
Ortiz de Zúñiga y que poseyó, en el pasado siglo, D. Mi-
guel Maestre y Fuentes, Caballero del Orden de San Juan,
de quien lo heredó su sobrino el Dr. D. Nicolás Maestre,
que, siendo canónigo lectoral de esta Santa Iglesia, lo
donó á su Biblioteca. Contiene el manuscrito una novela
completa, titulada *La Aurora*, y algunos capítulos de otra
innominada.

No es *La Aurora*—novela en que tanto abundan los ver-
sos como la prosa, y que á veces del tono pastoril se ele-
va al heroico—una obra que coloque á su autor entre nues-
tros primeros novelistas: tal vez sea, como un anónimo
estampó en la primera hoja del manuscrito, entreteni-
miento de la juventud del autor; pero, á mi juicio, tiene
importancia, porque nos presenta al grave santiaguista,
historiador de su patria, bajo un nuevo aspecto, cultivan-
do la amena prosa y la poesía lírica.

No me es posible, dados los estrechos límites de este trabajo, hacer el estudio de la novela, que es larga y requiere más detenimiento de aquél con que yo podría ahora analizarla, por lo que sólo daré algunas muestras de las poesías que contiene:

Llenos los divinos ojos
De mil transparentes perlas,
La hermosísima Aurora
Maldice su suerte adversa:

Aurora, hija de Artabano,
A quien tributa Cerdeña,
Por sumisión de su sangre,
Heredadas obediencias.

«¡Ay, dice, Fortuna ingrata!
¿Por qué empleas tus violencias
En mí, que ofrezco á tus aras
Tantas víctimas sangrientas?

¿Fué culpa el nacer hermosa?
¿Es delito la belleza?
¿O son inocentes pechos
Blanco á tus traidoras flechas?»
.....

«¿Presumí acaso negarte
El culto con que venera,
Entre sabeos aromas,
Mi reino tus excelencias?

¿Atrevíme á tus altares?
¿Profané con indecencia
El decoro de tus templos
Ó el honor de tus diademas?

Mas ¿por qué busco causa á tus enojos?...
¿Gobiérnante á ti más que tus antojos?»

En otro lugar escribe:

Tus mudanzas, niña,
Mudándome van:
Ya el que fué mi pecho
De hoy más no será.

Al compás que danzas,
Pierdo yo el compás
Con que gobernaba
Libre voluntad.

Airosa te mueves,
Y aquese aire da
Soplos á mi fuego,
Con que abrasa más.

Apenas centella
Te miré empezar,
Cuando ya es incendio,
Grande llama es ya.

Nunca querer supe:
Ya sé que es amar,
Ciencia que muy presto
Se deja alcanzar.

De libre á captivo
Pasé sin pensar,
Y ni sé si es dicha
Ó infelicidad.

Ya nada poseo:
Mis potencias han
Hallado otro dueño,
A quien servirán.

El alma, que mía
Era poco há,
Busca los preceptos
De otra voluntad.

Laméntase de la herida del Amor, y canta las perfecciones de su amada, recordando, al terminar, el conocidísimo madrigal de Cetina en estas estrofas:

Enamorado y triste,
Doy al viento suspiros lastimosos,
Y, en acentos ansiosos
A que el amor insiste,
El alma enternecida
Canta cual cisne al despedir la vida.

Libre de los engaños
 Del yendado rapaz de Venus hijo,
 Con gozo no prolijo
 Pasé floridos años;
 De su poder burlaba
 Y con necios desprecios le irritaba.

Pero el dios, enojado
 De ver que de sus flechas me reía
 Y tan libre vivía,
 Su deidad ha vengado
 Traspasándome el pecho,
 Que ya á tantos rigores viene estrecho.

Tomó por instrumento
 El divino sujeto de Leonida
 Para lograr su herida,
 Bellísimo portento
 De quien copiar pudiera
 Florida amenidad la Primavera.

Púrpuras y candores
 Equivoca su rostro soberano,
 Usurpando tirano,
 Ladrón de sus colores,
 La púrpura á la rosa
 Y la blancura á la azucena hermosa.

Si, como supe amarla,
 Sus perfecciones retratar supiera;
 Si copiarla pudiera
 Como pude adorarla,
 Sin duda alguna luego
 Ardiera en todos mi amoroso fuego.

En su beldad ha puesto,
 Excediéndose á sí Naturaleza,
 Tan casta gentileza,
 Donaire tan honesto,
 Que, si causan enojos,
 También causan respetos sus dos ojos.

Transcribiré, para terminar, un soneto que recuerda el

Antè leves ergo pascentur in æthere cervi.....

de Virgilio, y que, si bien hecho, muestra los extravíos culteranos y es notable ejemplo de violentísimas trasposiciones:

Antes del cielo á las campañas sumas
 Subirán á pacer veloces ciervos;
 Su pérdida blancura antes los cuervos
 Cobrarán, deponiendo negras plumas;

Dejará el mar de levantar espumas
 Y al pulsar diestros, negarán protervos
 La consonancia los sonoros niervos
 De su lira suave al dios de Cumas;

Del caos informe á la primer rudeza
 Volverá el Universo, y de su rueda
 Parará el curso la deidad variable,

Primero que perder de la belleza
 Que adora el alma la memoria pueda:
 Que es muy firme mi amor para mudable.

De las poesías copiadas dedúcese que no fué su autor un versificador vulgar; y si, como creemos, siguiendo al anónimo antes citado, se trata de obras de sus años juveniles, descubren aptitudes que, cultivadas, podrían haber hecho de su autor un buen poeta. Sea lo que quiera, D. Diego Ortiz de Zúñiga, como novelista y poeta, merece ser estudiado.

Sevilla, Noviembre de 1898.